



LOS
DIBUJOS DEL NIÑO
MONSTRUO

ANA VACARASU

LOS DIBUJOS DEL NIÑO MONSTRUO

ANA VACARASU

Esta es una obra de ficción.

Por lo tanto, los nombres de los personajes, de las instituciones o de las localidades a las que hace referencia, son producto de la imaginación de la autora, o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con lugares, eventos o personas reales, debe ser interpretado como coincidencia.

Mención especial: el diseño de la portada es una obra de Pedro Tarancón (pedroinaction@gmail.com).

A mis hijos, a Ali, a Isa y ti querido lector

1) El cadáver de la gruta

Abril, el año 1991

En Bucovina, la primavera solía ser caprichosa. El frío invernal persistía hasta la mitad del mes de marzo, después el sol empezaba a cobrar fuerza y la naturaleza se despertaba poco a poco bajo sus rayos tímidos, cada vez más exuberante. Las noches seguían siendo frías y a veces, hasta en el mes de abril, todavía podía caer alguna helada y en la parte norte de las montañas, como en los valles escondidos o en las esquinas de los jardines, persistían aquí y allá, pequeñas manchas blancas de nieve.

El invierno se despedía con pesar de la tierra de Bucovina, una provincia tan hermosa que parecía de cuento.

En la ciudad de Suceava, de un lado y del otro de la calle principal que atravesaba la urbe de norte a sur pasando por el centro, empezaban a florecer las magnolias tulipán. Majestuosas, con sus flores copiosas, de color rosa o violeta, apresurándose a revelar todo su esplendor antes de la aparición de las hojas de los árboles, que les seguían irrumpiendo con fuerza, lastimándoles el orgullo de la supremacía, tapándolas de un día a otro con la insolencia dominante del verdor. Eran las primeras flores que aparecían en la ciudad, como augurio de abundancia de la naturaleza. Más tarde, en los parques y jardines, tímidos como las novias de antaño, les seguían los cerezos, desbordando con generosidad su abundancia floral, como una ofrenda de bienvenida a la estación de las promesas. El Universo entero parecía

renacer, con la soberbia del tallo de hierba en el aire primaveral.



En uno de esos días del mes de abril, en la sala de reuniones de la Comisaria de Policía de Suceava, había mucha agitación. Habían sido convocados los agentes que trabajaban en la mayoría de los pueblos de la comarca, pero pocos de ellos conocían el motivo de esa convocatoria. Andaban de un lado a otro saludándose entre ellos, hablando todos a la vez, cambiando de una mano a otra los vasos de café, que sacaban de la maquina colocada en el pasillo que daba a la sala de reuniones.

A las diez en punto, se abrió una puerta que daba a las oficinas de los oficiales de alto grado y aparecieron dos hombres: uno de ellos parecía haber pasado de los cincuenta años, llevaba gafas y tenía el pelo gris cortado a cepillo; el otro, un joven de pelo castaño, corto, bigote fino y ojos negros centelleantes, de mirada cortante.

Se hizo silencio total en la sala, todos los agentes adoptaron la posición de firme y el primero en hablar fue el oficial de pelo gris:

—¡Buenos días, caballeros! Soy el comisario Nelu Georgescu, y este de aquí, como creo que ya sabéis, es el inspector principal Marcel Ionescu. ¡Tomad asiento!

Después de unos cuantos segundos, el ruido de las sillas cesó y el silencio volvió a reinar en la sala. A continuación, el comisario se dirigió a uno de los agentes, que estaba sentado en la primera fila.

—¿Tenemos el material, agente Stanescu?

—¡Sí, señor comisario! —contestó el agente.

—¡Bien, entonces, pasa al proyector y preséntalo! ¡No alarguemos más las cosas, que bastante trabajo tenemos!

Mientras tanto, el inspector Ionescu os explicará a todos el motivo por el que habéis sido convocados.

El agente Stanescu sacó unas diapositivas de un bolso negro, cuadrado, después se dirigió hacia el proyector situado en el la parte trasera de la sala.

—¡Caballeros! —empezó sus explicaciones el inspector principal—. Algunos de ustedes conocen el motivo de esta reunión, otros no, así que para no perder el tiempo, iré directo al grano. El caso es el siguiente: hace tres días —el martes, para ser exactos—, dos obreros que trabajaban en la estructura del pavimento, en el tramo de carretera que está en obra hacia Bístrita, encontraron un cadáver en una gruta conocida por el nombre de «La Gruta del Oso». Esa gruta está ubicada en una ladera de Los Montes de Rodna, al norte del pueblo Maruntei, pero habéis sido convocados todos, por el motivo de la peculiaridad de este caso. Estamos hablando del cadáver de un niño con identidad desconocida, al que no reclamó nadie hasta este momento y tampoco figura en la lista de personas desaparecidas, a nivel nacional. Enseguida vais a entender y los demás motivos que confieren particularidad a este caso y, que requieren la colaboración de todos ustedes.

La zona en la que fue encontrado el cuerpo, pertenece al pueblo de Maruntei, pero teniendo en cuenta que de allí no lo reclamó nadie, consideraremos también los pueblos colindantes. Alguien tiene que saber de quién era ese niño y de qué manera llegó su cuerpo sin vida, allí arriba, en esa gruta de la montaña.

En mi opinión, deberíais empezar con los pastores de ovejas de la zona. Buscad a todos los que suben con los rebaños por aquella ladera de la montaña. En todos los pueblos vecinos con Maruntei y sobre todo, preguntad a las personas que viven en las zonas periféricas. Luego me informareis personalmente de cualquier detalle que consideréis importante, o que podría estar relacionado con este caso.

Mientras que el inspector les repartía órdenes, el proyector acababa de empezar a reproducir unas imágenes breves: se veía una zona cubierta de hierba, matorrales y zarzas que parecían aplastadas por el paso de algún animal o de los humanos. Después observaron algo como una

abertura en una roca, tan alta como para entrar una persona, si se agachaba un poco. Dentro de la gruta, se veían unos manojos de hierbas secas, algunas piedras hacia las paredes de roca y el suelo que parecía de tierra apisonada. Algo más de un metro cuadrado de gruta, que se presentaba más bien como una madriguera, en la que pudo haberse cobijado algún oso para la hibernación, de donde probablemente, le provenía el nombre.

El inspector Ionescu echó una mirada hacia las imágenes proyectadas en la pared, luego les explicó a los agentes de la sala:

—Esa es «La Gruta del Oso», en la que fue encontrado el cadáver. Según el informe del médico forense, el cuerpo fue transportado y abandonado allí y el fallecimiento se produjo más de veinticuatro horas antes. Desgraciadamente, por las lluvias de los últimos días, se perdieron las huellas y se supone que el que había transportado el cuerpo hasta allí, se aprovechó de eso. La lluvia fue su aliado, pero aquí nos encontramos con un detalle extraño: la ropa del niño estaba completamente seca, por lo cual, sacamos la conclusión que fue transportado envuelto en algún tipo de material impermeable. Algún chubasquero, tal vez un trozo de plástico, o un saco grande.

El inspector hizo una señal al agente que manejaba el proyector, para cambiar las imágenes y, en el siguiente momento se quedaron todos boquiabiertos por el estupor. Lo que veían no era la imagen de un niño, tal como lo esperaban, si no el esqueleto cubierto de piel, de un ser humano malformado, del tamaño de un niño. El cuerpo estaba tumbado sobre el lado derecho, con los brazos estirados hacia delante. Tenía la espalda curvada y se distinguía que era jorobado. Cuando el agente que manejaba el proyector amplió la imagen, apareció en un primer plano la cabeza alargada, la cara de rasgos extraños y la nariz aplastada, como si alguien hubiera apretado un peso sobre ella. Los ojos estaban situados tan cerca de la base nasal, que si no se mira-

ba con atención, se podía pensar que era uno sólo, que se abría entre las cejas. El pelo negro y grasiento le caía hacia atrás hasta la base del cuello grueso, que se unía de manera grotesca con esa horrible joroba. Los brazos eran normales, si es que se podía llamar normal un cuerpo esquelético, completamente descarnado.

La piel del cadáver era de un blanco amarillento, excepto en la zona del cuello y de la curvatura de la espalda, donde presentaba una tonalidad más oscura, gris ceniza, por el vello fino que las cubría.

En la sala de reuniones, el silencio era total. Algunos se santificaban, estaban todos pálidos y nadie se atrevía abrir la boca, como en un velatorio. Al fin y al cabo, estaban delante de uno de los misterios más grandes y al mismo tiempo, la única certeza de la vida de un ser humano, que es la muerte. Delante de ellos se hallaba la imagen dantesca del cuerpo de un niño, que había pasado la frontera que separaba los dos mundos; el cuerpo de un niño desnutrido, que con toda aquella horrible anomalía de su físico, o tal vez precisamente debido a eso, emanaba una dignidad estremecedora.

El inspector empezó a carraspear para captar la atención de los presentes, que eran incapaces de apartar las miradas de la imagen proyectada en la pared.

—Tal como supongo que os habéis dado cuenta —empezó a explicar—, ese niño que, aún con ese aspecto monstruoso, no deja de ser un niño, falleció por inanición. —Los de la sala empezaron a murmurar entre ellos, conmovidos por esa confirmación tan chocante—. Lo dejaron hambriento, conviviendo con animales. En la piel del cadáver se encontraron restos de fecales humanas secas —las suyas propias—, como también un tipo de excremento de origen animal, que resultó ser de conejo. Según el informe del médico forense, resulta que en un plazo de tiempo de más o menos veinte días, el niño no había ingerido, probablemente, ni siquiera una gota de agua. Su sistema digesti-

vo presentaba una deshidratación completa. En otras palabras, murió de hambre y de sed. ¿Qué opináis sobre eso, caballeros?

Uno de los agentes de la sala, un joven apuesto, rubio y de ojos azules, que guardaba cierto parecido con el actor Florín Piersic, levantó una mano pidiendo permiso para hablar.

—¡Sí, agente...! —le dijo el comisario Georgescu.

—¡Grecu, señor comisario, Andrei Grecu, agente de Policía rural de Maruntei! Estuve en el levantamiento del cadáver, pero esa zona de montaña me es desconocida, por ser relativamente nuevo en este puesto. No llevo más de medio año en Maruntei. Lo que quería preguntar es lo siguiente: ¿la gruta en la que fue encontrado el cuerpo del niño, está situada cerca de ese despeñadero llamado «El Barranco del Diablo»? Y si es así, ¿podríamos considerar que la intención del que subió el cadáver hasta allí arriba, fue de tirarlo al barranco, pero por algún motivo que desconocemos, lo había abandonado en esa gruta?

—¡Está en la misma ladera montañosa! —comentó un agente algo mayor que Grecu, levantándose del lado opuesto a este—. El borde del despeñadero está situado, como mucho a un kilometro de camino de «La Gruta del Oso», dando unos rodeos. Conozco un poco esa zona, señor comisario. Perdón, no me he presentado: soy el agente jefe Todiras, del pueblo Vadu Oii, vecino de Maruntei en la parte de arriba, hacia el norte. Yo subí hasta ese despeñadero hace quince años, cuando fue encontrado allí el cuerpo de una adolescente que se había suicidado. Me acuerdo el año porque acababa de nacer mi primer hijo, cuando pasó esa desgracia con la chica.

—¡Entonces, como dice usted que conoce la zona, me va a acompañar hoy mismo, agente Todiras! —decidió el inspector Ionescu—. Vamos a subir para controlar una vez más, la zona de entre esos dos puntos. A ver si con un po-

co de suerte, encontramos algún detalle que pudo haberse escapado a nuestros ojos, la primera vez.

—¿Cómo decías que te llamas, joven? —le preguntó el comisario Georgescu al agente rubio, de ojos azules, que fue el primero en hacer preguntas.

—¡Grecu, señor! ¡Andrei Grecu!

—¡Veo que eres muy espabilado, agente Grecu! ¡Desde este momento y hasta que se resuelva este caso, harás equipo con el inspector principal! ¡Y usted también! —se dirigió al agente Todiras—. ¡Los demás os podéis marchar, pero recordad: este caso constituye una prioridad absoluta a nivel de la comarca! ¡Todo lo demás puede esperar, porque no creo que tenáis ninguna urgencia! ¡Así que, moved los culos y poneos las neuronas a trabajar y a encontrar respuestas!

Se levantaron todos de pie, adoptaron la posición de firme, el comisario le dio unas órdenes cortas al agente que había manejado el proyector, después se despidió con un “¡Buenos días, caballeros!” y desapareció por la misma puerta por la que había entrado, minutos antes.



El mismo día por la tarde, el equipo liderado por el inspector Ionescu, se dedicó a peinar toda la ladera montañosa en la que se ubicaba «La Gruta del Oso», empezando desde abajo, del límite nórdico del pueblo Maruntei. Decidieron dejar para el día siguiente ir a tomar declaraciones a los vecinos, porque en abril los días eran cortos y se arriesgaban a que los pillara la noche en el monte. Controlaron el terreno con tiento, volviendo una y otra vez sobre sus pasos, pero todas las huellas que encontraron, eran de animales salvajes, nada más. Desde el tramo de carretera donde trabajaban los que habían encontrado el cadáver, hasta «La

Gruta del Oso», era imposible distinguir cualquier detalle útil, porque el terreno estaba revuelto por las maquinas y las personas que trabajaban allí.

—¿Cómo lo encontraron, por el olor? —le preguntó el agente Todiras, al joven rubio.

—No, ¿qué olor? El pobre chico estaba más seco que la yesca, ya lo has visto. Tal vez por eso no dieron con él ni los animales salvajes que pululan por el monte —contestó Andrei Grecu—. Dos obreros subieron hasta allí, parece que les gustaba la zona. Uno de ellos se había traído una cámara de fotos y después de comer, mientras que los demás fumaban, dieron con esa gruta. No sabían de su existencia. Les pareció como que la hierba estaba aplastada, había muchas huellas y, entonces se animaron a acercarse, pensando en sorprender algún animal al que sacarle fotos. Pero yo creo que los animales salvajes ya se habían alejado de esta zona, desde que empezaron las obras de la carretera.

—Eso creo yo también y, probablemente lo mismo había pensado y el que subió el cuerpo del niño hasta aquí —comentó Ionescu—. Sabía que no iba a encontrarse con el oso.

—Considerando esto, podemos deducir fácilmente que el que transportó el cadáver hasta aquí arriba, conocía bien la zona —añadió Grecu—. Yo he preguntado a todos los trabajadores, incluso al jefe de la obra, si no vieron nada sospechoso, pero como no son de por aquí, no podían saber qué hubiera sido sospechoso y qué no, por estos lugares. Los que encontraron el cuerpo en la gruta, estaban tan impresionados que apenas podían hablar. La verdad es que ni me extraña, con lo que vieron.

—¿Estaba vestido el niño, cuando lo encontraron, o estaba tal como lo vimos en esas imágenes? —preguntó Todiras.

—Estaba vestido —contestó Andrei Grecu—. Cuando vinieron esos dos en el pueblo a informar sobre lo que habían visto, yo me estaba preparando para ir a Suceava a lle-

var unos informes. Llamé enseguida por teléfono a la Comisaría y al médico forense, luego subimos los tres a la gruta. Una hora más tarde llegaron todos aquí arriba, incluido el forense con su personal que recogió pruebas. El cuerpo estaba en la misma posición en la que se veía en esas imágenes. Así que, de momento, no sabemos si se trata de algún tipo de ritual o alguna norma que pudo haber respetado el que lo había traído hasta arriba. Yo creo que simplemente lo dejó caer allí en el suelo de la gruta. La pobre criatura, vestía unos harapos sucios, como si hubiese vivido en una cuadra de animales o un corral. Una camisa larga de tipo túnica y por encima de ella, un chaleco confeccionado de pieles de conejo. No llevaba pantalones, la porquería pegada a su piel estaba seca y en esos harapos, como también en su cuerpo, tenía pegado un tipo de excremento de origen animal, parece que de conejo. Todos esos objetos personales los metió el asistente del forense, el miércoles después de la autopsia, en una bolsa que acompaña el cadáver en la morgue.

Ay, Señor, no dejo de preguntarme, ¿qué piedra tendrá en vez de corazón, el que fue capaz de matar de hambre a un niño, de una forma tan despiadada? ¡Guárdame Señor! —pidió Grecu, afligido, santificándose de prisa.

Después de dar otra vuelta infructuosa por el terreno colindante a la gruta, sin descubrir nada relevante, el inspector Ionescu se acercó decepcionado a los agentes, cuyas caras denotaban la misma desilusión:

—¡Vamos a bajar, chicos! Por aquí no hay nada. La única esperanza que nos queda es hablar con los vecinos y así, tal vez, encontrar algo. Mañana por la mañana comenzamos con eso.

—Inspector, ¿no cree que sería mejor presentarnos a sus casas por sorpresa, en vez de llamarlos a la sede? —preguntó Grecu.

—¡Por supuesto que sí! ¡Así lo haremos, agente! ¡Mañana vendré pronto y empezaremos desde dos puntos distin-

tos! ¡Tú vendrás conmigo, y usted, agente Todiras, traerá a su compañero de Vadu Oii! ¡Dejad lo que sea que tenéis que hacer allí, porque os necesitamos a ambos aquí!

—¡Sí, señor inspector! —contestó, solícito, el agente.

Al llegar abajo, al pie de la montaña, cada uno de ellos se subió al coche con el que había venido y partieron en distintas direcciones. Al día siguiente, iban a reunirse todos en la sede policial de Maruntei.